

# Espacio Abierto: un diálogo con los jóvenes

por Norma Sturniolo\*

Cuando se me invitó a escribir para esta sección sobre la colección Espacio Abierto, recordé unas palabras de Roland Barthes relativas a la dificultad para hablar de las cosas que se aman. La total implicación —inte-

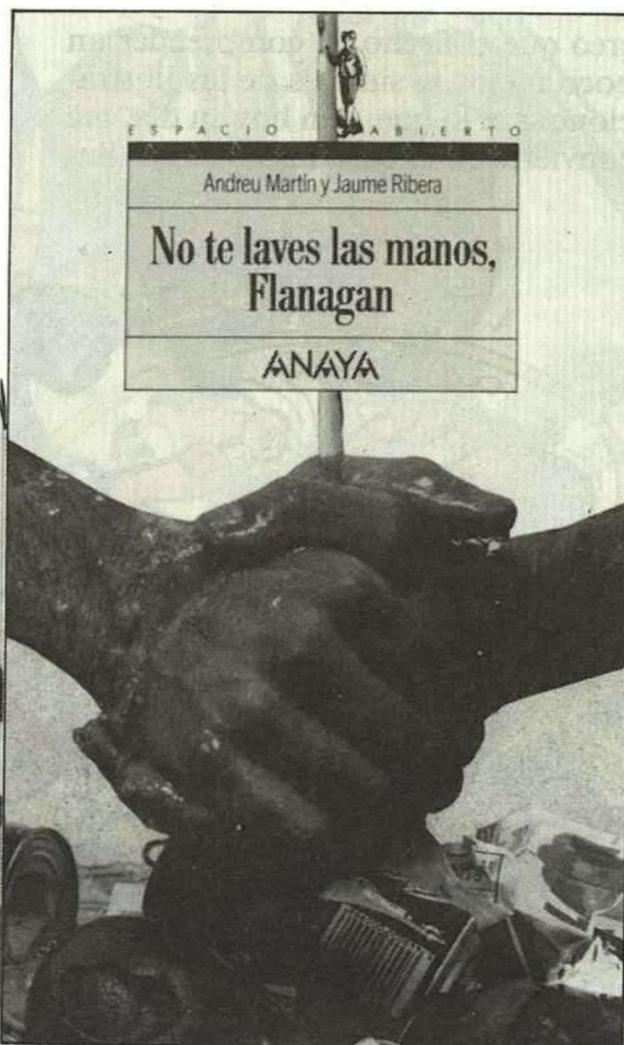
lectual y afectiva— en la creación y desarrollo de la colección podía llevarme a dar una respuesta excesivamente escueta, cercana al silencio augurado por el autor de *El grado cero de la escritura*, pero esa conducta no se avenía con lo que se me pedía: tenía

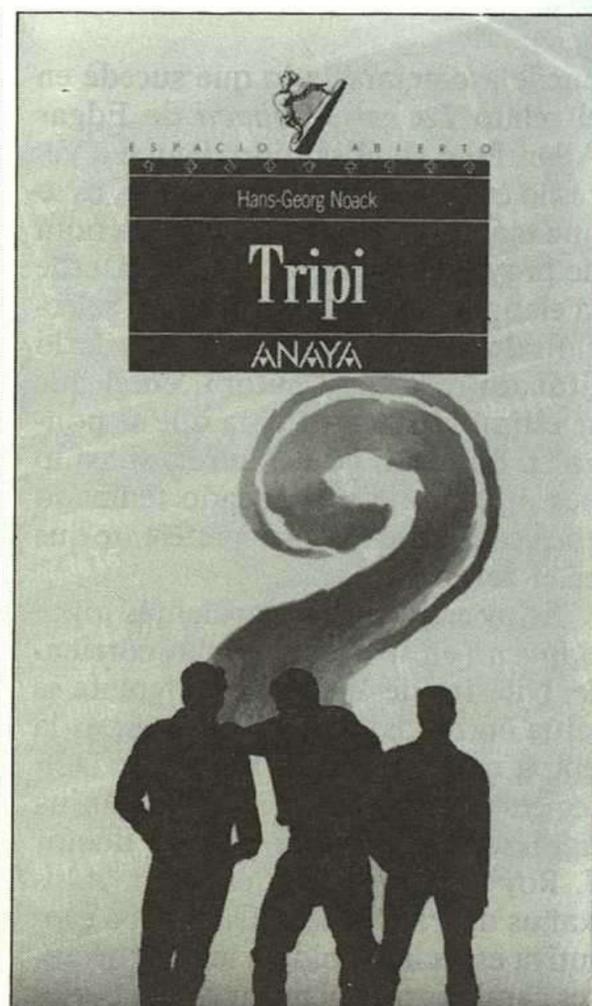
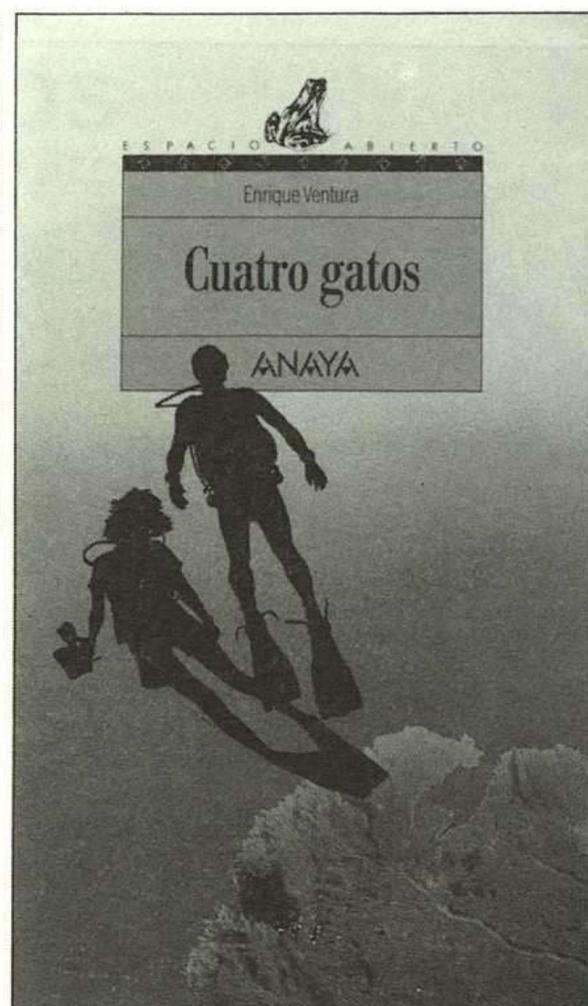
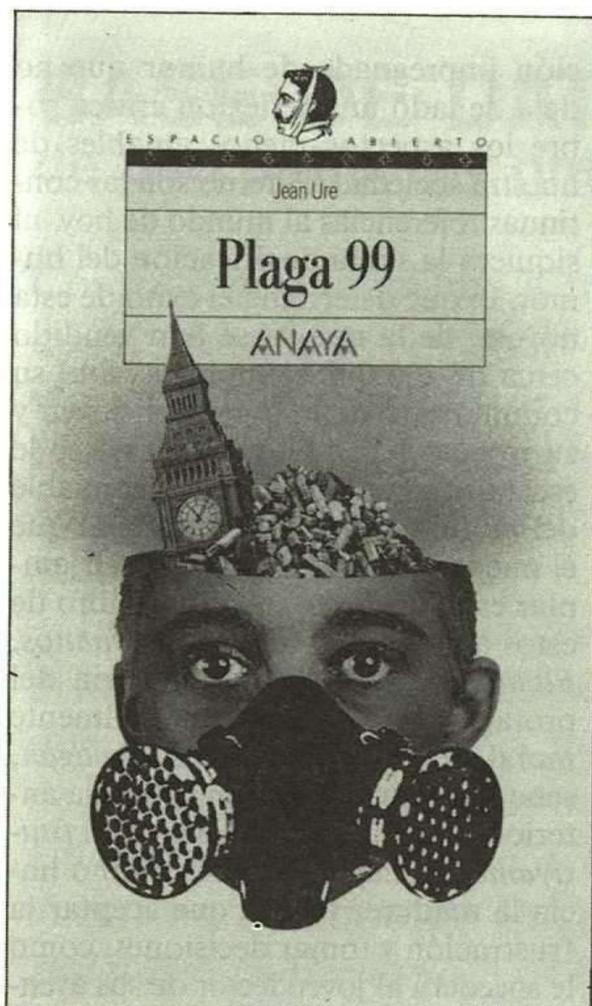
que exorcizar el fantasma del silencio. Las dudas no desaparecían. A continuación surgió el temor a una escritura demasiado subjetiva que pusiera el acento en la bondad de la colección. El recuerdo de otras palabras tan dignas de consideración como las del lingüista francés vino a embridar ese sentimiento mezcla de pudor y exceso. El filósofo y teólogo Sören Kierkegaard decía que un libro que se lee es un buen libro. De acuerdo con el pensador danés, la bondad de un libro está en su capacidad para ser leído. Teniendo presente la aseveración kierkegaardiana puedo referirme sin pudor a la bondad de la colección, ya que los libros de Espacio Abierto no sólo se leen sino que también se releen según testimonian las numerosas cartas que recibimos.

Desbrozado el camino, ya podemos referirnos al tema que nos atañe.

## Orígenes

En marzo de 1991, salía a la luz la colección Espacio Abierto. Ahora, aquellos libros —*Todos los detectives se llaman Flanagan*, de Andreu Martín y Jaume Ribera; *Volví para mostrarte que podía volar*, de Robin Klein; *El impostor*, de Manuel L. Alonso; *Llámame simplemente Súper*, de Reinhold Ziegler, y *El ídolo de Aruba*, de José Ferrer Bermejo—, re-





editados varias veces, tienen otros compañeros y forman una serie de veintisiete novelas juveniles que seguirá incrementándose.

Espacio Abierto nació de una necesidad y de una convicción: la necesidad de crear una colección para jóvenes con textos de nuestro siglo —en la editorial Anaya ya existía una colección constituida en su mayor parte por los llamados clásicos juveniles— y de la convicción de que, aunque la franja de edad a la que se dirigía es la de mayor deserción lectora, los jóvenes leerían esos libros.

La comprobación de que la lectura proporciona un placer peculiar que hace posible su convivencia con otras

ofertas de ocio; los años de estudio sobre la adolescencia y juventud; el trabajo en cursos educativos, y el interés y respeto que sentía hacia el destinatario, me aseguraban que la confianza no era temeraria.



### El destinatario

Decía un ensayista estadounidense que a la mayoría de las personas le preocupa saber hablar —de ahí el éxito de los cursos de oratoria—, pero no le preocupa saber escuchar, que es fundamental para el éxito privado y público. El saber escuchar implica atender a los intereses del receptor, reconocerlo, identificarlo. Una colección que se clasifica como juvenil no

puede crearse a partir de la exclusiva autocomplacencia del adulto, sino que debe satisfacer las necesidades e intereses juveniles. Quienes se encarguen de ella —editor o editora, director o directora, escritor o escritora, diseñador o diseñadora— tienen que saber escuchar a su destinatario. Hace tiempo que se habla de la necesidad de borrar las fronteras entre literatura para adultos y literatura para niños y jóvenes, pero no se ha llamado la atención suficientemente sobre el hecho de que un libro clasificado como infantil o juvenil que se le caiga de las manos a un niño o a un joven no debería ser publicado en dichas colecciones. Y esto, que por su obviedad

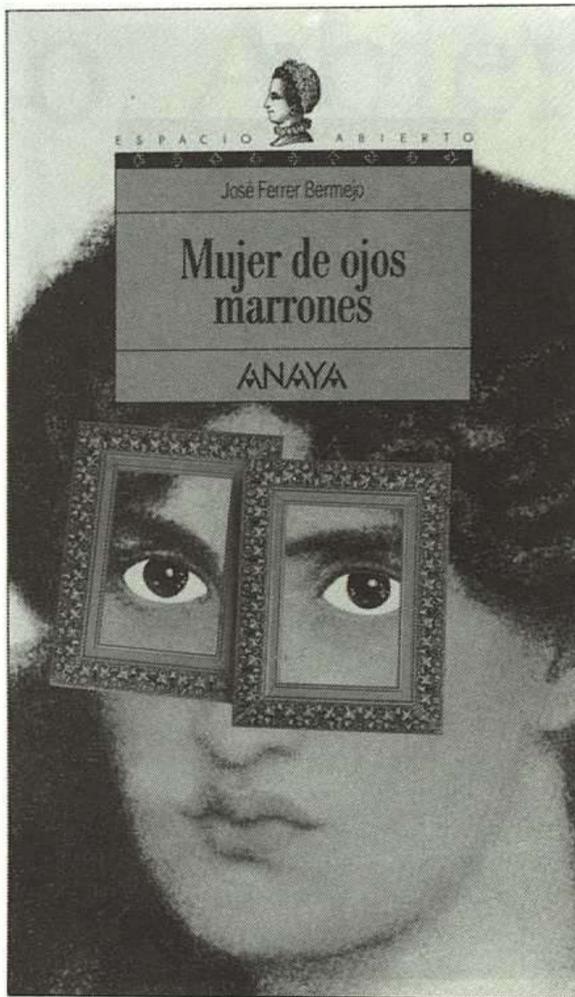


puede asemejarse a lo que sucede en el relato *La carta robada* de Edgar Allan Poe, en el sentido de que a veces lo evidente pasa inadvertido, es lo que más he tenido en cuenta a la hora de proyectar Espacio Abierto. Desde la elaboración de la cubierta, la selección de los temas hasta un apartado titulado «Carta al autor», en el que se estimula al lector para que se ponga en contacto con el autor, si así lo desea, todo ha sido creado teniendo en cuenta a ese receptor preferente que es el joven.

Estoy empleando las palabras *joven* o *juvenil* en su acepción más corriente. Nuestro destinatario preferente se sitúa entre los 13 y los 17 años; es la etapa que la doctora Françoise Dolto, entre otros científicos, denomina adolescencia y a la que el doctor J. Roy Hopkins se refiere como a los «años de transición». Una etapa evolutiva especial debido a los importantes cambios que ocurren en ese período. Son años de búsqueda y de reorientación de intereses. Por ello, suscribo la opinión de quienes, como



Marc Soriano, postulan que los libros dirigidos a esos lectores deben ayudarles en su búsqueda. El profesor Soriano habla de libros *actuales* en el sentido amplio del término, es decir, de aquellos que permiten al joven situarse en su época y en su medio, que le ayudan a comprender mejor ese medio y a descubrir sus posibilidades. Éste ha sido y sigue siendo mi propósito.

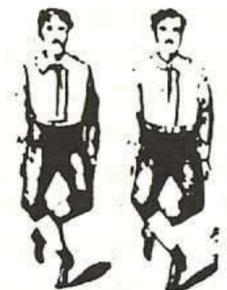


Con el fin de no extenderme demasiado, pondré un ejemplo que ilustre lo que vengo exponiendo. Me voy a referir a la novela *Todos los detectives se llaman Flanagan*, de Andreu Martín y Jaume Ribera. Podría ejemplificar con otros libros de otros autores nacionales —que predominan en la colección— o extranjeros, que son repetidamente reeditados. Pero respetaré el orden y comenzaré por el que hace el número uno de la colección.

En la novela *Todos los detectives se llaman Flanagan*, los jóvenes encuentran unos referentes propios del mundo en que viven dentro de una narra-



ción impregnada de humor que no deja de lado una reflexión crítica sobre los aspectos menos amables de nuestra sociedad. Pero no son las continuas referencias al mundo de hoy, ni siquiera la sabia dosificación del humor, lo que determina el éxito de esta novela, de la que ya se han vendido cerca de 100.000 ejemplares, sino su comprensión de lo que es un joven y su respeto hacia él, a quien no se le escamotea la parte menos encomiable del mundo de hoy, un mundo al que él puede contribuir a mejorar. Ejemplar es, al respecto, el último libro de estos autores, *No te laves las manos, Flanagan*, en el que la victoria del protagonista es fundamentalmente moral. Juan Anguera, alias *Flanagan*, sabe —según confiesa en la novela anterior—, que se está haciendo *definitivamente* mayor. En ese camino hacia la madurez tendrá que aceptar la frustración y tomar decisiones, como le sucederá al joven lector de sus aventuras. Y siempre sin perder el sentido del humor.



Habría muchas más cosas que decir, pero voy a concluir aquí, no sin antes dejar constancia de mi agradecimiento a todos los autores, traductores, y al diseñador, que están haciendo posible un diálogo fecundo con los jóvenes, y a la editorial Anaya por haberme dado la posibilidad de llevar a cabo un proyecto que desde sus comienzos, estuvo alentado por la fe. ■

\* Norma Sturniolo es editora y directora de la colección Espacio Abierto de Anaya.